



# Thomas Rydahl

## Los desaparecidos



# Los desaparecidos

Thomas  
Rydahl

Traducción  
de Victoria Alonso  
y Rodrigo Crespo

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1427

Título original: *De savnede*

© Thomas Rydahl, 2016

Publicado por primera vez por Politikiens Forlag, Dinamarca, en 2016

Publicado de acuerdo con Nordin Agency AB, Suecia

© por la traducción, Victoria Alonso y Rodrigo Crespo, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Canciones del interior:

pág. 424 © *Inmigrant song*, 1970, Atlantic Recording Corporation, a Warner Music Group Company, interpretada por Led Zeppelin

Primera edición: abril de 2018

ISBN: 978-84-233-5348-4

Depósito legal: B. 3.823-2018

Composición: Pleca Digital, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web

[www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

## Erhard

Lo llaman el Hombre Cabra de La Gomera. El más impopular de los luchadores de las islas Canarias y feo como un demonio.

Y Erhard ha apostado por él hasta el último euro.

Ceniciento y endeble, luce una tremenda cabellera que le cae sobre los hombros y baja por su espalda. Las orejas tiasas asoman entre los rizos, los ojos se sitúan en cada uno de los extremos del rostro triangular, que acaba en una barba. Parece aturdido, inquieto en mitad de la plaza, y sus ojos dan vueltas durante la presentación. Saluda al árbitro con un nervioso apretón. Y al oponente. Un oponente oscuro y gordo. Con signos y rayas blancas en el pecho, y una cabeza totalmente rasurada. Un lanzaroteño apodado el Panadero. Quizá debido a sus gigantescas manos, blancas de talco que parecen guantes, y dispuestas a saltar sobre el Hombre Cabra para apresararlo y hacerlo rodar por tierra. El Hombre Cabra no está en su salsa. Ya tiene los calzones arriba. Aparta su densa cabellera y sacude la cabeza para espantar a las moscas. Se inclinan el uno hacia el otro, pegan hombro con hombro y meten la mano bajo los pantalones del contrario para situarla junto al muslo. Se escoran aún más hacia delante, y el Hombre Cabra semeja un tambaleante sidecar al lado de una grandísima Nimbus. «Vamos allá, vamos allá», se le escapa casi de la boca a Erhard.

Los pequeños pies del Hombre Cabra se hunden en la arena.

Después quietud, un denso instante antes de que intenten derribarse.

Se percibe una especial tensión en las gradas. Por lo general, un domingo hay entre veinte y treinta espectadores, no más. En su día, la lucha tuvo importancia, pero eso se acabó. Los turistas no quieren ver a tipos gordos peleándose en la arena fría. El entretenimiento familiar conecta mejor con los campos de fútbol bien cuidados del anodino Sport Fuerte, un paseo a lomos de un camello en Oasis Park, o tomar el sol en Corralejo, donde te sirven bebidas en la tumbona y los niños pueden jugar a la orilla del mar. Hace diez años eran las playas nudistas las que atraían a ingleses y alemanes, ahora todo debe ser acorde con los niños y los norteamericanos. No más nudismo ni inmoralidad. Sólo cuando ha pasado la hora de acostarse, abren los bares de *striptease*, los burdeles, el casino y los garitos clandestinos. Pero durante el día todo son amplias sonrisas y toboganes de agua. El negocio lícito de la lucha se nutre de la escasa venta de entradas, aperitivos y camisetas, ni siquiera las retransmisiones televisivas dominicales dan dinero ya. En cambio, son las apuestas ilegales las que hacen funcionar la máquina y pagan a los luchadores en la penumbra del vestuario. Si se da bien el día, una suma que casi costeará el viaje de vuelta a casa a Santa Cruz o Las Palmas y los gastos familiares de todo un mes; pero un mal día apenas llega para pagarles una humeante cazuela de sancocho al luchador y a su entrenador, o para comprar unos nuevos calzones. Muy diferente es hoy el movimiento de las apuestas en el pequeño aparcamiento: dedos frenéticos contando billetes, imbéciles medio borrachos que intentan calcular la cuantiosa ganancia junto a los urinarios. En teoría no hay combate alguno. Las apuestas están a favor de la victoria del Panadero por un risible 17-1. Se trata sólo de una formalidad que hay que pasar. El Hombre Cabra ocupa el penúltimo puesto de la liga, mientras que el Panadero está situado en tercer lugar de un total de treinta y dos. Si todo mar-

cha como debería, dentro de pocos segundos el Panadero aplastará en la arena al pobre revoltijo.

Sin embargo, un insistente rumor corría desde febrero.

Comenzó en Tenerife y alcanzó Fuerteventura en marzo. Erhard se lo oyó por primera vez en Corralejo al hablador Cormac. La única razón por la cual Erhard no olvidó al instante lo que había oído fue porque Cormac no sabe nada acerca de la lucha, y en líneas generales no conoce sus reglas. Eso confería una mayor credibilidad al rumor. Estaban sentados en el bar de jazz Greenbay, y Cormac señalaba hacia un alfeñique que les daba la espalda. «Es el Hombre Cabra —dijo Cormac—, se puede ganar una buena pasta con él en el terrero de Morro Jabbe.» Erhard no lo tomó demasiado en serio. El escocés decía ese tipo de cosas para aparentar que estaba enterado de todo lo que se cocía en la isla. En realidad, Erhard tenía una idea más formada del mundo criminal isleño, pero no se la revelaba a nadie. Desde luego no a Cormac. Erhard no se sentía orgulloso de los contactos que tenía, de las personas que había frecuentado ni de las amistades que mantuvo a lo largo de muchos años. Ya no quería tener nada que ver con ellas. En especial con Emanuel Palabras, el hombre más rico de la isla, que había sido su mejor cliente de reparación y afinación de pianos, y el padre de su amigo Raúl. A pesar de ello, un año atrás, Palabras había hecho que encerraran y apalearan a Erhard hasta dejarlo casi muerto. De ahí nació una especie de tregua, una doble pinza de sujeción: Palabras dejaba en paz a Erhard, y Erhard se cuidaba de que no saliera a la luz la verdad acerca de los delitos de Palabras. De modo que, cuando Cormac susurró encima de su Guinness que había dinero sucio que ganar con el Hombre Cabra, no le dio importancia. No comentó nada y continuó viendo el encuentro de fútbol Atlético-Barça, sin verlo de verdad; los ojos se fijaban en los puntos de la gigantesca pantalla, al tiempo que echaba de menos la buena música y los conciertos semanales del bar de jazz. El nuevo dueño, un

escocés al que le daba miedo el sol, había implantado el fútbol, la *happy hour*, las tragaperras... y había desmantelado la música en directo. Sin embargo, el nombre se había mantenido. Con toda seguridad para ahorrarse el dinero de un nuevo cartel señalizador en el camino. Lo cual confundía a la reciente concurrencia, formada sobre todo por parejas con las manos enlazadas, que se marchaban apresuradamente cuando reparaban en la novia del dueño con incómodos tacones de aguja, una tal Trudy, que servía bodytequilas en el desayuno.

Unas cuantas semanas después volvió a oír el rumor, cuando se encontraba en Puerto por un trabajo. «El Hombre Cabra ganará, el vasco ha comprado el combate.» Susurrado en esta ocasión en la trastienda de un quiosco que vendía tabaco, donde Erhard estaba interrogando al dueño sobre lo que sabía de una scooter roja. La moto había sido robada y Erhard la había encontrado con un nuevo candado en un sótano debajo del estanco. El vendedor de tabaco no sabía nada acerca de aquello. O eso decía, pero no parecía sincero. Erhard esperó en el edificio medio demolido de enfrente. Poco después de que cayera la noche, dos chavales con casco fueron a buscar la scooter. Se llevaron una reprimenda por parte del quiosquero, quien tenía un pie en la puerta y los despedía agitando un trapo mientras se marchaban en la scooter calle abajo a toda velocidad. Erhard salió con tranquilidad del edificio, movió la cabeza hacia el vendedor de tabaco y continuó bajando la calle tras la scooter. Unos cien metros más abajo, justo antes del cruce, vio a los dos chavales encaramarse por turnos al pedal de arranque, lo que hizo que sus cascos salieran volando. Él los contemplaba mientras desollaban el puño del acelerador intentando convencerse mutuamente de que iba a ponerse en marcha en cualquier momento. Le bastó a Erhard con levantar el depósito de gasolina para que soltaran la moto y se marcharan corriendo. Erhard arrastró la scooter de nuevo hasta el estanco e hizo pagar al quiosquero la ga-

solina más la reparación. Mientras iba contando el dinero, Erhard le preguntó si sabía algo de lucha. Al principio no quiso decir palabra. Pero Erhard le insistió, había oído rumores acerca de un combate en mayo. El vendedor de tabaco consiguió recuperar veinte euros por hablar. Erhard echó un vistazo a la trastienda, donde se sentaban tres hombres que removían café negro en completo silencio. «¿Quién ha arreglado el combate?», preguntó Erhard. El expendedor no creía que eso fuera motivo de preocupación. El Panadero de Lanzarote contra el Hombre Cabra de La Gomera, la cosa es que el Panadero pierde y las apuestas están 23-1 si gana el Hombre Cabra. El quiosquero metió el dinero en la caja registradora y encendió un grueso cigarro. «Simplemente con poner cien euros en ese combate se obtiene lo suficiente como para comprarse un coche nuevo», explicó. Más de dos mil euros..., directos a la guantera.

Apenas podía soportar pensar en ello. Tanto dinero por tan poco trabajo. La señora de la scooter pagó a Erhard ochenta y cinco euros por devolvérsela en perfecto estado. Tres días de trabajo pateándose las calles de Puerto, aflojando e interrogando a tipos irascibles. Ochenta y cinco euros, que no constituyen siquiera ni la cuarta parte del alquiler de la casa de Erhard. Transcurría mucho tiempo entre un buen trabajo y el siguiente, éstos con los que realmente ganaba algo. Tenía muchos encargos que respondían más bien a la caridad o la buena vecindad, y sólo uno o dos al mes que se pudieran llamar *trabajos de verdad*, dignos de ser anotados en el libro de cuentas verde con papel carbón.

En febrero resolvió un caso de vandalismo en el Sport Fuerte: un antiguo entrenador de tenis que se sentía relegado. Un trabajo que le reportó cuatrocientos cincuenta euros. El último mes había encontrado en Lanzarote a un aceitunero bebedor, un trabajo de trescientos veinticinco euros; pero el cliente no quiso pagar los gastos del viaje, así que Erhard acabó ganando menos de setenta



euros, además de una paliza del hermano del aceitunero, a quien no le agradó que se entrometiera en los asuntos familiares. Confiaba en conseguir más y mejores encargos.

En el último año se topó con un dueño del periódico *CanariasUna*, que le vendió un anuncio virgen, tal y como él lo denominó, al precio de 7,21 euros por palabra. Erhard tardó en escribir el texto casi dos semanas. Cada día le resultaba más difícil, porque se volvía más ahorrador. Por fin salieron nueve palabras.

Encuentra aquello que desapareció. No separaciones.  
Pregunta al Ermitaño.

El vendedor de anuncios olvidó recordarle a Erhard que incluyera un número de teléfono, de manera que, aunque Erhard se alegraba de haber insertado el anuncio, éste no le reportó otra cosa que un par de saludos cordiales por parte de algún que otro taxista y de Miza. Sin embargo, el runrún acerca de él comenzó a extenderse: «el Ermitaño te puede ayudar». Eso le gustaba. Vivía de encontrarse en la calle con antiguos colegas y conocidos, gente que le paraba como si cayeran en la cuenta. «Por cierto, he perdido un perro.» «¿Podrías echarle un ojo a mi hijo?» «¿Encontrarías una cabra?» Se vendía a sí mismo muy barato, trabajaba demasiado, tenía muchísimos gastos y sí, vivía en realidad por encima de sus posibilidades. Debería decir que no a esos trabajillos que no le procuraban lo suficiente, pero, en todo caso, no se atrevía. Como se dice en su tierra: «Corona que ganes es una corona ganada», al menos antes de que llegara el euro.

En diciembre la cosa estaba tan mal que Erhard se planteó volver a casa. A Dinamarca. Con las chicas. A la pensión del Estado. Lo consideró, aunque sólo por un breve instante. Mientras estaba borracho de lumumba. Después volvió a hacerse visible la realidad. No había

casa a la que regresar ni nadie que lo esperara en ella. Lo quisiera o no, ésa se había convertido en su casa. Esa isla. Tenía que arreglárselas, no le quedaba otra.

De manera que un par de miles de euros suponía mucho dinero que ganar en una apuesta segura. Apenas se podía uno negar. Eso disminuiría la presión que soportaba. Le haría ganar tiempo. Llegarían nuevos clientes, quizá incluso la licencia del taxi pasaría los trámites. En todo caso parecía un asunto viciado. El vasco que había comprado el combate era uno de los Tres Papas, los tres capos mafiosos de la isla. Erhard había abandonado el estanco sin decir nada más. Había atravesado las calles arrastrando la scooter y la había aparcado frente al portal de la mujer. Caso resuelto y el dinero correspondiente.

Llegó abril. Continuaban los garbeos por la avenida o abajo en torno al ferri a isla de Lobos, que le reportó nuevos clientes. Mujeres de Worcester o Swindon que sospechaban de su marido, del vecino o del personal de la limpieza del resort (sin fundamento), dueños de tienda con trabajadores de dedos largos (imposible de demostrar), un perro desaparecido (muerto), un sombrero desaparecido (ningún sombrero está seguro en una isla en la que el viento sopla todo el tiempo), y un par de peticiones que no había por dónde cogerlas y que hacían pensar más bien en la confesión de un pecado. Ningún gran trabajo. En total setenta y siete euros. No podía pagar el alquiler.

Erhard no tenía más remedio que ir a ver al arrendatario a la enorme oficina en Puerto. Bebieron café negro. Oscar sentía simpatía por Erhard, a quien creía alemán y llamaba Waltzer. «Usted es nuestro primer inquilino, señor Waltzer.» Hablaron acerca del edificio y de los problemas con los cimientos y las paredes. No tenía ni idea de que Erhard ya se había instalado en la casa piloto, aun cuando las demás viviendas no iban a estar terminadas hasta muchos meses después. Oscar jamás había visto las obras, no había estado nunca allí abajo en Esquinzo, ni tampoco lo haría. Llevaba una vida insana y comía con

torpeza trozos de una tarta húmeda mientras hablaba de whisky, del escocés con varios años de barril y sabor a verdadera ceniza. Cuando Erhard acertó a decir al fin por qué había venido, Oscar se chupó un dedo con nata y continuó diciendo: «De acuerdo, de acuerdo, señor Waltzer, pagará el próximo mes». No era la salvación, pero sí una ayuda.

Llega el día 23. Está a punto de ganar cincuenta euros por descubrir a un escolar que ha hecho novillos y se ha sentado con la espalda encorvada frente a una máquina tragaperras de un bar en la calle León y Castillo. Entonces ve el cartel colgado en la puerta del aseo del bar EL VIGENTE SUBCAMPEÓN DE LIGA Y COPA. Encuentro de lucha en Morro Jable el 19 de mayo. Y justo a continuación: Día de Canarias el 1 de junio. El acontecimiento anual de lucha, en letras doradas. Seguido de una lista de nombres, el primero de todos: Paco *el Panadero* Álvarez. El Panadero. Puede verlo en una fotografía granulada, de pie con la lengua fuera de la boca mientras levanta por los aires a una persona.

Con un poco de suerte, Erhard podría llegar a ganar cerca de ciento ochenta euros antes del campeonato. Si lo apostara todo al Hombre Cabra, eso significaría unos cuatro mil euros. Más de ocho meses de alquiler. En una sola tarde. No podía dejarlo pasar.

No paga el alquiler. Esperará a que lo desalojen. Oscar le perdonará. Llegan un par de encargos a final de mes: cuarenta y cinco euros (conflicto de vecinos), sesenta y dos euros (infidelidad), y se acerca a los doscientos euros. Cada mañana espera a que un hombre de Diamond Estate se persone en la vivienda, por la tarde se sienta en la azotea para ver la puesta de sol. Las nuevas vistas son mejores que las antiguas. A sus pies, bajo la casa, los surfistas se deslizan por encima y por debajo de las olas. Figuras en negro. Por esto es por lo que paga. Siente que es lo que él se merece. Un nuevo término en su vida: *merecido*. Se merece la casa. Estar aquí. Y eso aun cuando no

sea fácil de llevar a cabo, incluso aunque las paredes apenas estén secas, las ventanas no encajen y el barro de las obras se aglomere alrededor del edificio. Sólo tiene que llegar hasta el campeonato. Entonces todo será más fácil. Entonces podrá concentrarse en obtener clientes como es debido. Y, quizá, puede que un bonito miércoles no vaya simplemente a dejar y a recoger a Aaz, a lo mejor puede entrar con él y sentarse en la cocina de Mónica, que ésta le ofrezca una copa. Quizá ella le cuente riendo que el maestro de baile sólo es un amigo. Quizá ella le diga que nadie puede amar a un francés cargante. Quizá ella reflexione y vea que Erhard se ha centrado, que un hombre es capaz de cambiar.

La quietud perdura todavía unos instantes, pero la rompe un grito entusiasta de todo el círculo, el terrero entero vibra con fuerza desatada.

Sobre todo por parte de los lugareños y un grupo de fans incondicionales de la lucha procedentes de Gran Canaria. Seguidores del Panadero, con rayas blancas bajo los ojos y una pancarta de tela donde se lee *AL HOMBRE CABRA LO VAN A AMASAR*. También están los jugadores empedernidos y los camorristas, padres con hijos, que corretean mientras agitan bufandas. Erhard sólo contabiliza dos mujeres entre el público. Típico en los combates más profesionales. Detrás, en la parte de arriba, en un pedacito de tribuna y protegido por un tipo de negro, se sienta un hombre pálido con traje, que tose en un pañuelo. Lee un periódico como si estuviera al margen de lo que sucede en el lugar. Lee mientras exprime un limón que sostiene con un tenedor.

El Hombre Cabra y el Panadero están ahora cabeza con cabeza haciendo un puente, las manos se afanan por agarrar mejor los pantalones. Tensan todos los músculos. Erhard repara en que la pierna del Hombre Cabra semeja un manojo de bambú. Está nervioso, como si él mismo fuera a bajar al terrero para ayudar. Hace una hora ha estrujado todos sus euros en la mano del hombre del

aparcamiento. Las apuestas habían bajado: 19-1 por la victoria del Hombre Cabra. Han apostado muchos en este combate, ha dicho el tipo antes de anotar doscientos diecisiete en un pedazo de papel. Doscientos diecisiete veces diecinueve. «Van a aplastar a ese desgraciado», ha añadido mientras le daba a Erhard el papel como resguardo. Erhard habría querido decir «Ya veremos», si no fuera porque sonaba demasiado presuntuoso. En lugar de eso, se ha contentado con guardarse el papelito en el bolsillo superior y sentarse en el interior.

Los dos luchadores han entrado en faena. El Panadero tiene al Hombre Cabra colgando de lo alto, y todo apunta a un lanzamiento, pero el cuerpo flácido se escabulle del agarre y el Hombre Cabra vuelve a aterrizar a la posición de su hombro contra el hombro del Panadero; así se quedan meciéndose largo tiempo. Es sólo uno de los muchos combates del día; sin embargo, Erhard repara en un par de tipos subidos a la escalera de piedra, que muestran un interés mayor de lo normal al más mínimo progreso, al movimiento más nimio. Un hombre en las primeras filas lo filma todo. El Hombre Cabra se zafa de nuevo y está a punto de hacer perder el equilibrio al Panadero. Alguno que otro ríe fuerte, como si una victoria del Hombre Cabra fuera lo más gracioso que uno pudiera imaginar. Erhard nota cómo la primera gota de sudor resbala por su frente. Le apetece una cerveza, pero no quiere ir a ningún sitio. No se atreve. Entonces, el Panadero hace un movimiento repentino, un giro de cadera, cayendo ambos sobre el lado izquierdo, y el Hombre Cabra alcanza la arena con todo el peso del Panadero sobre él. 1-0. Si toca una vez más el suelo, el Hombre Cabra se va fuera.

Se ponen en pie de nuevo. El árbitro los hace seguir, y los gritos arrecian desde todos los lados. Erhard no dice nada, sino que fija la vista abajo, en la mano donde ha guardado el papelito, húmedo de sudor, con los tres estúpidos números casi desleídos.

El Panadero quiere terminar pronto: reúne al Hombre Cabra y lo deja listo para una elegante y experimentada torsión de la mano derecha, que pretende hacerle perder el equilibrio. Aunque pareciera poco probable, el Hombre Cabra consigue quedar en pie, como si sus brazos fueran de goma y pudieran retorcerse varias veces antes de provocar un cambio en la distribución del peso corporal. De manera que el Panadero carga con el Hombre Cabra y hace varios intentos para desembarazarse de él. Recuerda a la película de dibujos donde el pato Donald está pegado a un papel atrapamoscas. El Hombre Cabra es de índole latosa. Se aferra al Panadero y cabalga alrededor del terrero. El público abuchea y ríe. Erhard está a punto de enojarse por haber apostado al último desgraciado, doscientos diecisiete euros al pésimo gomero. El enorme luchador hace amago de balancear al otro y hacerlo caer de espaldas al suelo, cuando uno de los delgados pies se planta en la arena con un fuerte impulso y sorprende al Panadero. Éste pisa atrás para encontrar el equilibrio, pero el pie del Hombre Cabra lo obstaculiza, de modo que el Panadero da un último, largo y torpe paso, volcando sobre la espalda sin haber podido utilizar los brazos. La arena escapa hacia todos lados, y el Hombre Cabra está a punto de acabar sobre el abdomen de su contrincante antes de rodar él mismo por la arena. Punto: 1-1. Es una vergüenza. El punto es justo, pero parece un estrafalario infortunio. Si el Panadero se deja caer adrede, todas las apuestas quedarán en nada, de eso está seguro. El siguiente punto ha de estar algo más enmascarado.

El ambiente en la plaza ha cambiado. Hombres que estaban fuera fumando cigarrillos porque contaban con una rápida victoria del Panadero vuelven corriendo adentro, gritan excitados y miran fijamente su registro de apuestas. La vendedora de barquillos, una chica con hiyab, se dirige hacia arriba, a las tribunas de su jefe, que está sentado en primera fila; ella emprende otra ronda sin que apenas se le pueda oír decir «barquillo» a través del velo

mientras todos le hacen gestos de que se aparte; no quieren perderse nada. Por el momento, nadie está de parte del Hombre Cabra, sin embargo, es más divertido cuando el contrincante débil se defiende con uñas y dientes.

De nuevo ambos luchadores se inclinan hacia delante uno contra otro. El árbitro pita para que empiecen. Luchan de modo iracundo y cortante en un par de ocasiones, se detienen y se alinean otra vez. El cuadro total apenas es comprensible. El lenguaje corporal de los dos luchadores, contradictorio. El favorito parece destrozado; el tildado de perdedor, confuso. Si su victoria ha sido comprada, el Hombre Cabra no lo sabe. Mueve el cabello con desasosiego y se agarra a la tela de los calzones del Panadero como si se tratara de un asa. El Panadero está con las rodillas dobladas, a pocos centímetros de tocar la arena. «¡Retuércelo como masa de tarta!», grita uno detrás de Erhard. Entonces, mediante una torsión hacia la derecha, casi logra tumbar al Hombre Cabra de costado fuera del círculo. Se levantan una vez más.

El público comienza a ponerse en pie. Ocurre en raras ocasiones. Se percibe un ambiente levantisco. Exigen que el Hombre Cabra acabe en la arena. A juzgar por las reacciones, hay diez o quizá veinte que han apostado por el gomero. Permanecen sentados y siguen el combate conteniendo la respiración. Erhard también está sentado, mueve la cabeza de un lado a otro para ver en medio de los que están de pie, con el corazón tenso y silencioso mientras intenta calcular cuánto tiempo en verdad le llevaría volver a ganar esos doscientos, además de ocuparse de dos meses de alquiler. El período estival puede estar bien, ya que hay mucho dinero en la isla y muchos que se pueden permitir acudir a alguien como él para solucionar un problema. El último verano fue bueno. Pero por entonces aún vivía en Majanicho y tenía pocos gastos. Obtuvo un encargo jugoso por parte de uno de los hoteles y ganó más de setecientos euros tanto en julio como en agosto. No puede tener la seguridad de que eso

vuelva a suceder, sólo le cabe la esperanza. El Hombre Cabra se encuentra arriba casi de puntillas, pero el árbitro da un severo pitido y los dos se sueltan. El Panadero espera en el centro a que el esmirriado contrincante se coloque su polo, que está en lo alto alrededor del pecho, así como los pantaloncitos retorcidos y el pelo enmarañado.

Ya van.

Se quedan un rato quietos, como si no hubieran oído el silbato del árbitro. O como si estuvieran hablando por lo bajo acerca de las próximas estrategias que seguir. Un juego pactado. Entonces, el Panadero estalla con un movimiento hacia delante, al que el Hombre Cabra se une voluntariamente al tiempo que dirige a ambos hacia la izquierda a lo largo de la línea negra del círculo. El combate acabará dentro de nada, en cuanto el Panadero se haga con el contrario y lo machaque contra el espacio llano y abierto en mitad del terrero. Todo apunta a que el árbitro los va a interrumpir, pero de pronto el Hombre Cabra saca la pierna hacia la izquierda y arrastra al Panadero hacia abajo, que cae cada vez más por su propia inercia. Por un instante, Erhard se eleva del banco, pero entonces ve cómo el pie del Panadero responde y una mano envuelve al Hombre Cabra sobre la rodilla, llevándolo hasta la arena con un estrepitoso batacazo.

Las gradas se estremecen aliviadas. Un clamor general ahoga los comentarios del árbitro, pero arriba del todo un jovencito hace girar un punto más en el marcador:

2-1.

Erhard estruja su papeleta dentro de la mano. Nota ahora cuán hambriento ha estado todo el tiempo. No le queda ni un solo euro. Tendrá que comer pescado del mar. Como cuando vivía en la cueva y golpeaba cangrejos y peces contra las piedras para asarlos en la hoguera. Tenía la esperanza de disfrutar de un nuevo comienzo, pero ha resultado ser uno peor. Quizá si vuelve a donde el embustero expendedor de tabaco, pueda recuperar sus veinte euros.